

## **LOS AMIGOS DE DURRUTI EN MAYO DE 1937 (Primera parte)**

Aportado por [Anónimo](#) el Martes, 23 noviembre a las 09:26:22 [ [Edit](#) | [Delete](#) ]

Tema: [Historia](#) INTRODUCCIÓN

La Agrupación de Los Amigos de Durruti fue una organización anarquista, fundada en marzo de 1937. Sus miembros eran milicianos de la Columna Durruti opuestos a la militarización, y/o anarquistas, críticos respecto a la entrada de la CNT en el gobierno republicano y de la Generalidad.

La importancia histórica y política de Los Amigos de Durruti radica en su intento, surgido, en 1937, del propio seno del movimiento libertario, de constituir una Junta revolucionaria, que pusiera fin al abandono de los principios revolucionarios, y al colaboracionismo con el Estado capitalista; de forma que la CNT defendiera y profundizara las “conquistas” de julio de 1936, en lugar de cederlas poco a poco a la burguesía. Sin embargo la Agrupación nunca se propuso llegar a ser, durante las jornadas de mayo del 37, una auténtica alternativa revolucionaria a la dirección de la CNT-FAI gubernamental, que tenía varios ministros en el gobierno de la República y en el de la Generalidad.

### **LA AGRUPACION DE LOS AMIGOS DE DURRUTI DESDE SU FUNDACION HASTA LOS HECHOS DE MAYO.**

En octubre de 1936 el decreto de militarización de las Milicias Populares produjo un gran descontento entre los milicianos anarquistas de la Columna Durruti, en el Frente de Aragón. Tras largas y enconadas discusiones, en marzo de 1937, varios centenares de milicianos voluntarios, establecidos en el sector de Gelsa, decidieron abandonar el frente y regresar a la retaguardia. Se pactó que el relevo de los milicianos opuestos a la militarización se efectuaría en el transcurso de quince días. Abandonaron el frente, llevándose las armas.

Ya en Barcelona, junto con otros anarquistas (defensores de la continuidad y profundización de la revolución de julio, y opuestos al colaboracionismo confederal con el gobierno) los milicianos de Gelsa decidieron constituir una organización anarquista, distinta de la FAI, la CNT o las Juventudes Libertarias, que tenía por objetivo encauzar el movimiento ácrata por la vía revolucionaria. Así pues, la Agrupación se constituyó formalmente en marzo de 1937, tras un largo período de gestación de varios meses, iniciado en octubre de 1936. La Junta directiva fue la que decidió tomar el nombre de “Agrupación de Los Amigos de Durruti”, nombre que por una parte aludía al origen común de los ex-milicianos de la Columna Durruti, y que como bien decía Balias, no se tomó por referencia alguna al pensamiento de Durruti, sino a su mitificación popular.

La sede central de la Agrupación estaba situada en Las Ramblas, esquina a la calle Hospital. El crecimiento de los miembros de la Agrupación fue rápido y notable. Se llegaron a repartir entre cuatro y cinco mil carnets de adheridos a la Agrupación. Una de las condiciones indispensables para formar parte de la Agrupación era la de ser militantes de la CNT. El crecimiento de la Agrupación era consecuencia del descontento de un amplio sector de la militancia anarquista ante la política claudicante de la CNT.

La actividad y el dinamismo de la Agrupación fueron frenéticos. Desde su constitución formal, el 17 de marzo, hasta el 3 de mayo, la Agrupación efectuó diversos mítines (en el Teatro Poliorama el 19 de abril y en el Teatro Goya el 2 de mayo), lanzó diversos manifiestos y octavillas, sabotó la intervención de Federica Montseny en el mitin de la Monumental del 11 de abril, y llenó los muros de Barcelona con carteles que explicaban su programa.

En este programa destacaban dos puntos: 1.- Todo el poder para la clase obrera. 2.- Órganos democráticos de obreros, campesinos y combatientes, como expresión de ese poder obrero, al que llaman Junta Revolucionaria.

También propugnaban que los sindicatos asumieran la plena dirección económica y política del país. Y cuando hablaban de sindicatos se referían a los sindicatos confederales, con exclusión de la estalinizada UGT. De hecho algunos de los miembros de la Agrupación habían abandonado su

militancia en la UGT, para afiliarse acto seguido a la CNT, y cumplir así el requisito indispensable para pertenecer a Los Amigos de Durruti.

En realidad, aunque el origen obrero de los componentes de la Agrupación hacía que todos estuviesen afiliados a la CNT, la mayoría eran militantes de la FAI, por lo que bien puede decirse que la Agrupación de Los Amigos de Durruti eran un grupo de anarquistas que, desde un purismo doctrinal ácrata, se oponían a la política colaboracionista y estatal de la dirección de la CNT, y de la propia FAI.

Tenían cierta fuerza dominante en el Sindicato de la Alimentación, ramificado por toda Cataluña, así como en las cuencas mineras de Sallent, Suria, Fígols y Cardona, en la comarca del Alto Llobregat. Influían también en otros sindicatos, en los que eran minoritarios. Algunos de sus adherentes formaban parte de las Patrullas de Control. Pero jamás formaron en su seno una fracción o grupo, ni pretendieron infiltrarse en las Patrullas.

No podemos caracterizar a la Agrupación como un grupo plenamente consciente y organizado que planeara una acción metódica. Eran, tanto desde el punto de vista numérico como ideológico y organizativo, mucho más que un grupo de afinidad constituido más o menos informalmente, en torno a unas determinadas coincidencias ideológicas y unas inquietudes comunes, aunque no eran ni mucho menos una rama del movimiento libertario (ML) como CNT, FAI, o Juventudes Libertaria. Se aproximaban más a lo que en aquellos momentos era Mujeres Libres: una organización con finalidades propias, no encuadrada plenamente en las tres grandes ramas organizativas del ML. Eran un grupo de militantes que sentían la imperiosa necesidad instintiva de enfrentarse a la política claudicante de la CNT y al proceso contrarrevolucionario en auge.

Sus portavoces más destacados fueron Jaime Balius y Pablo Ruiz. El domingo 18 de abril la Agrupación convocó un mitin en el Teatro Poliorama, que quiso ser una presentación pública de su existencia y de su programa. En el mitin intervinieron Jaime Balius, Pablo Ruiz (delegado de la Agrupación de Gelsa de la Columna Durruti), Francisco Pellicer (del Sindicato de la Alimentación), y Francisco Carreño (miembro del Comité de guerra de la Columna Durruti). El acto tuvo un gran éxito y los conceptos expresados por los oradores fueron ampliamente aplaudidos.

El primer domingo de mayo (el día 2) la Agrupación convocó en el Teatro Goya otro mitin de presentación, que llenó el teatro a rebosar y provocó un entusiasmo delirante entre los asistentes. Se proyectó el documental titulado “Diecinueve de julio”, en el que se revivieron los instantes más emotivos de las jornadas revolucionarias de julio del 36. Intervinieron Pablo Ruiz, Jaime Balius, Liberto Callejas y Francisco Carreño. En el acto se advirtió que era inminente un ataque de la reacción contra los trabajadores.

Los Comités dirigentes de la FAI y de la CNT descalificaron inmediatamente a Los Amigos de Durruti, a quienes calumniaron como marxistas.

El programa expresado por Los Amigos de Durruti ANTES DE MAYO DEL 37 se caracterizaba por el énfasis puesto en la gestión de la economía por los sindicatos, la crítica de todos los partidos y de su colaboracionismo estatal, así como cierto retorno a la pureza doctrinal ácrata.

Los Amigos de Durruti expusieron su programa en el cartel con el que cubrieron los muros de Barcelona a finales del mes de abril de 1937. En esos carteles, que propugnaban ya, ANTES DE LOS HECHOS DE MAYO, la necesidad de SUSTITUIR al gobierno burgués de la Generalidad de Cataluña por una Junta Revolucionaria, se decía lo siguiente:

“Agrupación de Los Amigos de Durruti. A la clase trabajadora:

- 1.- Constitución inmediata de una Junta Revolucionaria integrada por obreros de la ciudad, del campo y por combatientes.
- 2.- Salario familiar. Carta de racionamiento. Dirección de la economía y control de la distribución por los sindicatos.
- 3.- Liquidación de la contrarrevolución.
- 4.- Creación de un ejército revolucionario.
- 5.- Control absoluto del orden público por la clase trabajadora.

- 6.- Oposición firme a todo armisticio.
- 7.- Una justicia proletaria.
- 8.- Abolición de los canjes de personalidades.

Atención trabajadores: nuestra agrupación se opone a que la contrarrevolución siga avanzando. Los decretos de orden público, patrocinados por Aiguadé no serán implantados. Exigimos la libertad de Maroto y otros camaradas detenidos.

Todo el poder a la clase trabajadora.

Todo el poder económico a los sindicatos.

Frente a la Generalidad, la Junta Revolucionaria.”

El cartel de abril del 37 anticipaba y explicaba la octavilla lanzada durante las jornadas de mayo, además de otros muchos de los temas y preocupaciones tratados por Balius en los artículos publicados en Solidaridad Obrera, La Noche e Ideas (sobre la justicia revolucionaria, el canje de prisioneros, la necesidad de que la retaguardia viva para la guerra, etcétera). Se planteaba por primera vez la necesidad de una Junta Revolucionaria que sustituyera al gobierno burgués de la Generalidad. Esa Junta Revolucionaria era definida como un gobierno revolucionario formado por todos los obreros, campesinos y milicianos que habían luchado en la calle durante las jornadas revolucionarias de julio del 36 (y eso excluía al PSUC y ERC).

Pero lo más importante era la expresión conjunta de las tres consignas finales. La sustitución del gobierno burgués de la Generalidad por una Junta Revolucionaria aparecía junto a la consigna de “Todo el poder para la clase trabajadora” y “Todo el poder económico a los sindicatos”.

El programa político expresado en ese cartel, inmediatamente antes de las jornadas de mayo, era sin duda el más avanzado y lúcido de todos los grupos proletarios existentes, y convertía a la Agrupación, en la vanguardia revolucionaria del proletariado español en ese momento crítico y decisivo. Y así lo reconocieron el POUM y la Sección bolchevique-leninista de España.

#### LOS HECHOS DE MAYO.

El sábado primero de mayo no hubo ninguna manifestación en Barcelona. La Generalidad había declarado laborable la jornada, en beneficio de la producción de guerra, aunque el motivo real era el temor a un enfrentamiento entre las distintas organizaciones obreras, a causa de la tensión creciente en diversas comarcas y localidades catalanas. Ese mismo sábado el consejo de la Generalidad se reunió para examinar la situación preocupante del orden público en Cataluña. El citado consejo aprobó la eficacia demostrada en las últimas semanas por los consejeros de seguridad interior y defensa, a quienes se acordó otorgar un voto de confianza para resolver las cuestiones de orden público todavía pendientes.

El Presidente de la Generalidad el lunes día 3 estuvo, muy oportunamente, de viaje en Benicarló, para entrevistarse con Largo Caballero, lo cual le permitió desvincularse de los primeros acontecimientos. Sea como fuere, la acción política de Companys, con su cerrada negativa a destituir a Artemio Aiguadé y a Rodríguez Salas, como exigió la CNT el mismo día 3, fue uno de los más importantes detonantes de los enfrentamientos armados de los días siguientes.

El lunes, 3 de mayo de 1937, hacia las tres menos cuarto de la tarde, tres camiones de guardias de asalto, fuertemente armados, se detuvieron ante la sede de la Telefónica en la Plaza de Cataluña. Estaban dirigidos por Rodríguez Salas, militante de la UGT y estalinista convencido, responsable oficial de la comisaría de orden público. El edificio de Telefónica había sido incautado desde el 19 de julio por la CNT. El control de las comunicaciones telefónicas, el control de las fronteras y las patrullas de control eran el caballo de batalla, que desde enero había provocado diversos incidentes entre el gobierno republicano de la Generalidad y la masa confederal. Era una lucha inevitable entre el aparato estatal republicano, que reclamaba el dominio absoluto sobre todas las competencias que le eran “propias”, y la defensa de las “conquistas” del 19 de julio por parte de los cenetistas.

Rodríguez Salas pretendió tomar posesión del edificio de la Telefónica. Los militantes cenetistas de los pisos inferiores, tomados por sorpresa, se dejaron desarmar; pero en los pisos superiores se organizó una dura resistencia, gracias a una ametralladora instalada estratégicamente en el último piso. La noticia se propagó rápidamente. Inmediatamente se levantaron barricadas en toda la ciudad. No debe hablarse de una reacción espontánea de la clase obrera barcelonesa, porque la huelga general, los enfrentamientos armados con las fuerzas de policía y las barricadas fueron fruto de la iniciativa tomada por Escorza y Herrera con los comités de defensa, rápidamente secundada gracias a la existencia de un enorme descontento generalizado y a la tensión existente en la base militante confederal. La lucha callejera fue impulsada sobre todo por los comités de defensa de los barrios (y sólo parcial y secundariamente por algún sector de las patrullas de control, ya que éstas estaban compuestas por militantes de distintas organizaciones antifascistas). Que no existiera una orden de los comités superiores de la CNT, que ejercían de ministros en Valencia, o de cualquier otra organización, para movilizarse levantando barricadas en toda la ciudad, no significa que éstas fueran espontáneas, sino que fueron resultado de las consignas lanzadas por los comités de defensa. La orden de huelga general no fue fruto de un “espontáneo instinto de clase”. La toma de la Telefónica era la ruptura brutal de las conversaciones que durante todo el mes de abril habían mantenido directamente Companys, que había excluido expresamente a Tarradellas, con Manuel Escorza y Pedro Herrera, en representación de la CNT. Escorza respondió inmediatamente a la provocación de Companys desde los comités de defensa. Ese fue el inicio de las Jornadas de Mayo, y el terreno propicio para la acción que se presentó a Los Amigos de Durruti. Ellos supieron atenerse inmediatamente a lo que las circunstancias pedían. Mientras los obreros lucharon con las armas en las manos, la Agrupación intentó dirigirlos, darles un objetivo revolucionario. Pero enseguida encontraron sus límites. Criticaron a los líderes de la CNT, a los que llegaron a calificar de traidores, en el Manifiesto del día 8, pero no supieron contrarrestar sus consignas de abandono de las barricadas. Tampoco se plantearon desbordar a la dirección confederal, que inmediatamente quiso detener la insurrección iniciada desde los comités de defensa. Los Amigos de Durruti no hicieron nada efectivo para conseguir que su consigna de constitución de una Junta revolucionaria se hiciera realidad. Sabían que sus críticas a la dirección anarcosindicalista no serían suficientes para arrebatarle el dominio de la organización cenetista.

Por otra parte, la Agrupación era joven, falta de experiencia y carente de prestigio entre la masa confederal. Sus ideas no habían logrado calar en profundidad entre los militantes de base. Inmersos en esta situación de impotencia recibieron una nota del Comité ejecutivo del POUM, para que una representación autorizada de la Agrupación se entrevistara con ellos. Acudieron Jaime Badius, Pablo Ruiz, Eleuterio Roig y Martín. A las siete de la tarde del día 4 se entrevistaron en el Principal Palace, en Las Ramblas, con Gorkin, Nin y Andrade. Examinaron conjuntamente la situación, y llegaron a la conclusión unánime de que, dada la oposición al movimiento revolucionario de las direcciones de la CNT y la FAI, éste estaba condenado al fracaso. Se acordó que era necesaria una retirada ordenada de los combatientes y que éstos conservaran las armas. Que la retirada se hiciera previo abandono de las posiciones por las fuerzas opuestas. Que era preciso encontrar garantías para evitar una represión de los combatientes en las barricadas. Al día siguiente, por la noche, los máximos dirigentes y responsables anarcosindicalistas hablaron de nuevo por la radio, llamando al abandono de la lucha. Y ahora los militantes de base en las barricadas ya no se burlaban de los “bomberos” de la CNT-FAI, ni de los besos a los guardias de García Oliver.

El miércoles, día cinco de mayo, Los Amigos de Durruti distribuyeron en las barricadas la conocida octavilla que les dio fama, cuyo texto decía así:

“CNT-FAI. Agrupación “Los Amigos de Durruti”.

¡TRABAJADORES! Una Junta revolucionaria. Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los Cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de los Partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora. No cedamos la calle. La revolución ante todo. Saludamos a nuestros camaradas del POUM que han confraternizado en la calle con nosotros. ¡VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL. ¡ABAJO LA CONTRARREVOLUCIÓN!

Esta octavilla fue confeccionada la noche del cuatro al cinco de mayo bajo amenaza armada, en una

imprensa del barrio chino. La improvisación y la falta de infraestructura de la Agrupación eran evidentes. El texto fue redactado tras la reunión con la Ejecutiva del POUM, celebrada a las siete de la tarde del día cuatro, cuando entre la Agrupación y el POUM se había acordado ya una postura defensiva de retirada, sin abandono de las armas, y con la exigencia de pedir garantías contra la represión. La octavilla, aprobada por el POUM, y reproducida en el número 235 (del 6 de mayo) de La Batalla, no tenía tras de sí ningún plan de acción, no era más que una declaración de intenciones y un llamamiento a la espontaneidad de las masas confederales para que perseverara en su acción ante los avances de la contrarrevolución. Todo estaba condicionado en realidad a la decisión que tomara la dirección cenetista. Era absurdo e ilógico creer que las masas confederales, pese a su reticencia inicial, o a sus críticas, no seguiría a los líderes del 19 de julio. Sólo si la dirección de la CNT era desbordada por otra dirección revolucionaria podía darse el caso, aún así muy difícil, de que la masa siguiera las consignas y el plan de acción de una nueva dirección. Pero ni la Agrupación, ni el POUM, intentaron desbancar a la dirección confederal, ni tenían preparado ningún plan de acción. Tanto unos como otros impulsaron, en la práctica, una política seguidista respecto a las decisiones de la dirección cenetista. El Comité ejecutivo del POUM rechazó el plan de Josep Rebull de tomar la Generalidad y los edificios que aún resistían en el centro de la ciudad, argumentando que no se trataba de una cuestión militar, sino política.

Ese mismo día 5 se mantuvo una entrevista entre el Comité Local de Barcelona del POUM y Los Amigos de Durruti, que los poumistas calificaron como negativa, porque:

“Ellos [Los Amigos de Durruti] no quieren intervenir directamente dentro de los medios confederales para desplazar la dirección, nada más quieren influenciar el movimiento sin ninguna más responsabilidad”

En la octavilla, lanzada el día 5 de mayo, Los Amigos de Durruti propusieron una acción común POUM-CNT-FAI. Como objetivo inmediato para dirigir la revolución propugnaron la formación de una Junta Revolucionaria. PERO JAMAS PUDO SER LLEVADA A LA PRÁCTICA. Eran gente de barricada, más que organizadores. La propuesta de acción común CNT-FAI-POUM no pasó de ser un saludo a los militantes de otras organizaciones, que combatieron codo a codo con ellos en las barricadas. Nunca se pasó de la letra de la octavilla a un acuerdo concreto. No hicieron prácticamente nada para desbordar a la dirección cenetista y arrebatarle el control de la masa confederal, que desoyó en repetidas ocasiones las órdenes de abandonar la lucha en las calles.

Los Amigos de Durruti fueron los combatientes más activos en las barricadas, y dominaron completamente Las Ramblas y la calle Hospital en toda su longitud. En el cruce Ramblas/calle Hospital, bajo un enorme retrato de Durruti colocado en la fachada del piso donde estaba la sede de la Agrupación, levantaron una barricada donde establecieron su centro de operaciones. El absoluto control de la calle Hospital enlazaba con la sede del Comité de Defensa del centro en Los Escolapios de la Ronda San Pablo, y de allí con la Brecha de San Pablo, tomada por una cuarentena de milicianos de la Rojinegra, que al mando del durrutista Máximo Franco habían “bajado a Barcelona” en labor de “observación e información”, después que tanto la Columna Rojinegra como la Lenin, mandada por Rovira, hubieran cedido a las presiones recibidas para que sus respectivas unidades regresaran al frente, a instancias de Isgleas, Abad de Santillán y Molina, esto es, de los cenetistas que daban las órdenes del departamento de Defensa de la Generalidad.

El bastión contrarrevolucionario del centro de la ciudad hubiera cedido al asalto decidido de los trabajadores barceloneses, como insistía en demostrar Josep Rebull al comité ejecutivo del POUM con un plano de Barcelona en mano. Pero los discursos radiofónicos de los ministros y demás jerifaltes anarquistas, tuvieron un poderoso efecto desmovilizador. Aunque al principio hubo quien disparó al aparato de radio, cuando García Oliver decía que había que besar a los policías muertos, porque eran hermanos antifascistas, pronto se notó su efecto desmoralizador en las barricadas, con la deserción lenta, pero constante, de los militantes anarquistas. Escorza y Herrera se sometieron inmediatamente a sus superiores jerárquicos, escudándose en el hecho “evidente” de que la

insurrección había sido la respuesta “espontánea” frente a la provocación que supuso la ocupación de la Telefónica por orden de la Generalidad.

En la Generalidad los jefes de la CNT, protegidos por los cañones de Montjuic apuntando sobre el Palacio, los estalinistas y los burgueses catalanistas hacían lo único que podían hacer: otro gobierno igual con nombres distintos. Los dirigentes del POUM se reunieron con el Comité Regional de la CNT para ¡pedir prudencia! En las barricadas surgieron unos Comités de defensa de la Revolución que no consiguieron materializar la formación de una Junta Revolucionaria.

Balius, el teórico más destacado de la Agrupación, inválido a causa de una encefalitis progresiva con hemiplegia izquierda espasmódica, que se manifestaba en la inmovilización de la pierna izquierda y la torsión y temblor del brazo del mismo costado, apoyado en sus muletas, leyó una proclama desde la barricada de Las Ramblas/Hospital en la que hizo un llamamiento a la solidaridad revolucionaria del proletariado europeo, y sobre todo francés, con la lucha del proletariado español. Era una formidable estampa revolucionaria del momento, tan bella como inútil.

La distribución de la octavilla en las barricadas no fue fácil, ni ajena a la desconfianza de muchos militantes, e incluso a la represión física. El día cinco, por la tarde, los bolchevique-leninistas Carlini y Quesada sostuvieron una entrevista informal con Balius, sin más acuerdo ni perspectivas que continuar la lucha en las barricadas. También hubo un encuentro entre Balius y Josep Rebull, secretario de la célula 72 del POUM que, dado el escaso peso numérico de ambas organizaciones, no tuvo ningún resultado práctico. Los Amigos de Durruti rechazaron la propuesta de Josep Rebull de lanzar un Manifiesto conjunto.

El jueves 6 de mayo los militantes de la CNT, como prueba de buena voluntad para conseguir la pacificación de la ciudad, abandonaron el edificio de la Telefónica, origen del conflicto, que fue inmediatamente ocupado por las fuerzas de seguridad, que garantizaron a los militantes de UGT la seguridad en sus puestos de trabajo, para reanudar el servicio telefónico. Ante la protesta de los dirigentes anarquistas, la Generalidad respondió que “se trataba de un hecho consumado”, y los dirigentes confederales optaron por no informar sobre la nueva “traición”, para no encrespar los ánimos. En lenguaje coloquial a esto se le llama hacer de bomberos, esto es, apagar fuegos y/o conflictos.

Cuando se conoció la noticia de que venía de Valencia un contingente de tropas para pacificar Barcelona, Balius propuso formar una columna confederal que saliera a su encuentro. Formada la columna en Barcelona, ésta se engrosaría por el camino y se le sumarían además no pocos milicianos del frente de Aragón: se podía llegar hasta Valencia ¡y después asaltar el cielo...! Se formaron comisiones para consultar a los militantes en los sindicatos y en la calle, pero la proposición no tuvo ya eco alguno. Era ya absolutamente irreal.

El sábado ocho de mayo las tropas de Valencia desfilaron por la Diagonal y el Paseo de Gracia. Días después sólo quedaban en pie las barricadas que el PSUC había querido conservar para mostrarse y demostrar a los demás quien había ganado. El orden volvía a reinar en Barcelona. Aparecieron los cadáveres de Camilo Berneri, Alfredo Martínez y tantos otros que habían sido torturados y ejecutados por los estalinistas. Los comités superiores de la CNT-FAI exigieron la expulsión de Los Amigos de Durruti, aunque no consiguieron que ninguna asamblea sindical ratificara tal decisión.

Y las masas confederales desorientadas por el llamamiento de sus dirigentes, ¡los mismos del 19 de julio! optaron al fin por abandonar la lucha, pese que al principio se burlaban de los llamamientos de la dirección de la CNT a la concordia y el abandono de la lucha en aras de la unidad antifascista.

El Manifiesto distribuido el 8 de mayo por la Agrupación, en el que se hacía un balance de las Jornadas de Mayo, fue impreso en la imprenta de La Batalla. La Agrupación, denunciada como organización de provocadores por la CNT, carecía de prensas donde imprimirlo. Un miliciano del POUM, Paradell, líder del sindicato mercantil, al tener conocimiento del problema que se planteaba a la Agrupación de Los Amigos de Durruti, planteó la cuestión a Josep Rebull, administrador del órgano del POUM, y éste en cumplimiento del más elemental deber de solidaridad revolucionaria, sin consultar a ningún órgano superior de su partido, ofreció la imprenta a Los Amigos de Durruti.

En ese Manifiesto Los Amigos de Durruti relacionaban la toma de la Telefónica con provocaciones anteriores. Señalaban como provocadores de los Hechos de Mayo a la Esquerra Republicana, PSUC, y cuerpos armados de la Generalidad. Los Amigos de Durruti afirmaban el carácter revolucionario de julio del 36 (no sólo de oposición al levantamiento fascista) y de mayo del 37 (no se contentan con un simple cambio de gobierno):

“Nuestra Agrupación que ha estado en la calle, en las barricadas, defendiendo las conquistas del proletariado propugna por el triunfo total de la revolución social. No podemos aceptar la ficción, y el hecho contrarrevolucionario, de constituir un nuevo gobierno con los mismo partidos, pero con distintos representantes.”

Frente a las componendas que la Agrupación califica de engaño, Los Amigos de Durruti oponen su programa revolucionario, ya expuesto en la octavilla lanzada el día 5:

“Nuestra Agrupación exige la constitución inmediata de una junta revolucionaria, el fusilamiento de los culpables, el desarme de los cuerpos armados, la socialización de la economía y la disolución de todos los partidos políticos que han agredido a la clase trabajadora.”

La Agrupación de Los Amigos de Durruti no dudaba en afirmar que la batalla había sido ganada por los trabajadores, y que por lo tanto había que acabar de una vez por todas con una Generalidad que no significaba nada. La Agrupación acusaba de TRAICION a los dirigentes y comité superiores de la CNT, que habían paralizado una insurrección obrera victoriosa:

“La Generalidad no representa nada. Su continuación fortifica la contrarrevolución. La batalla la hemos ganado los trabajadores. Es inconcebible que los comités de la CNT hayan actuado con tal timidez que llegasen a ordenar “alto el fuego” y que incluso hayan impuesto la vuelta al trabajo cuando estábamos en los lindes inmediatos de la victoria total. No se ha tenido en cuenta de dónde ha partido la agresión, no se ha prestado atención al verdadero significado de las actuales jornadas. Tal conducta ha de calificarse de traición a la revolución que nadie en nombre de nada debe cometer ni patrocinar. Y no sabemos como calificar la labor nefasta que ha realizado Solidaridad Obrera y los militantes más destacados de la CNT.”

El calificativo de “traición” fue utilizado de nuevo cuando se comentó la desautorización que el CR de la CNT había hecho de Los Amigos de Durruti, así como el traspaso de las competencias (no las ejercidas por la Generalidad, sino las controladas por la CNT) de seguridad y defensa al gobierno central de Valencia:

“La traición es de un volumen enorme. Las dos garantías esenciales de la clase trabajadora, seguridad y defensa, son ofrecidas en bandeja a nuestros enemigos.”

El Manifiesto finalizaba con una breve autocrítica de algunos fallos tácticos durante las Jornadas de Mayo, y con una optimista perspectiva de futuro, que la inmediata oleada represiva iniciada el 28 de mayo demostraría como vana e inconsistente. Mayo del 37 no acabó en tablas, sino que fue una severa derrota del proletariado.

Pese a la mitificación existente sobre los Hechos de Mayo del 37 lo cierto es que se trató de una situación muy caótica y confusa, caracterizada por el afán negociador de todas las partes implicadas

en el conflicto. Mayo del 37 no fue en ningún momento una insurrección revolucionaria, y se inició en defensa de una “propiedad sindical” conquistada en julio. El detonador del conflicto fue el asalto a la Telefónica por las fuerzas de seguridad de la Generalidad. Y esta acción se encuadraba dentro de la lógica del gobierno de Companys de asumir paulatinamente todas las competencias que, la situación “anómala” de la insurrección obrera del 19 de julio, le había arrebatado momentáneamente. Los recientes éxitos obtenidos en la Cerdaña, abrían la vía para pasar a una acción definitiva en Barcelona y en toda Cataluña. Era evidente que Companys se sentía respaldado por Comorera (PSUC) y por Ovseenko (el cónsul soviético), con quienes venía colaborando muy estrecha y efectivamente desde diciembre, cuando se produjo la expulsión del POUM del gobierno de la Generalidad. La política estalinista coincidía con los objetivos de Companys: la debilitación y anulación de las fuerzas revolucionarias, esto es, del POUM y de la CNT, eran un objetivo de los soviéticos, que sólo podía pasar por el fortalecimiento del gobierno burgués de la Generalidad. La larga crisis abierta en el gobierno de la Generalidad, tras la no aceptación por la CNT de la marcha al frente de Madrid de la división Carlos Marx (del PSUC) y del decreto de L 4 de marzo sobre la disolución de las Patrullas de Control, tuvo su inevitable solución violenta tras varios episodios de enfrentamientos armados en Vilanesa, La Fatarella, Cullera (Valencia), Bellver, entierro de Cortada, etcétera, en el asalto a la Telefónica y las sangrientas jornadas de mayo en Barcelona. La estúpida ceguera, la fidelidad inquebrantable a la unidad antifascista, el grado de colaboración con el gobierno republicano de los principales dirigentes anarcosindicalistas (desde Peiró hasta Federica Montseny, de Abad de Santillán a García Oliver, de Marianet a Valerio Mas) no eran un dato irrelevante, ni desconocido, para el gobierno de la Generalidad y los agentes soviéticos. Se podía contar con su cretina santidad, como demostraron colmadamente durante las Jornadas de Mayo. Pero Companys no contó con la contundente respuesta armada de Escorza, desde los comités de defensa, y luego se desespó ante la negativa del gobierno de Valencia a que Sandino (que mandaba la aviación) se pusiera a sus órdenes para bombardear los cuarteles y edificios de la CNT. Companys acabó perdiendo todas las atribuciones de la Generalidad en Defensa y Orden Público.

Respecto a la actividad de Los Amigos de Durruti, durante los Hechos de Mayo, no cabe tampoco una engañosa mitificación de su participación en las barricadas y de su octavilla. Como ya hemos expuesto, Los Amigos de Durruti no se propusieron en ningún momento desbordar a la dirección confederal, se limitaron a efectuar una dura crítica de sus dirigentes y de su política de traición a la revolución. Quizás no podían hacer otra cosa, dado su número y su escasa influencia en la masa cenetista. Pero cabe destacar su participación en la lucha callejera, con el dominio de varias barricadas en Las Ramblas, especialmente frente a su sede social, y su intervención en las luchas de Sants, La Torrassa y Sallent. Hay que subrayar, por supuesto, su intento de dar una dirección y unas reivindicaciones políticas mínimas, en la octavilla lanzada el día 5. La distribución de la octavilla no fue fácil, costó la vida de varios miembros de la Agrupación, y su distribución en las barricadas contó con la ayuda de los militantes cenetistas. Entre las acciones a señalar durante las Jornadas de Mayo no debe olvidarse el llamamiento efectuado por Balius, desde la barricada situada en la esquina de Las Ramblas con la calle Hospital, a la solidaridad activa de todos los trabajadores de Europa con la revolución española. Los Amigos de Durruti, ante la noticia de la formación de una columna de guardias de asalto, que venía desde Valencia para sofocar la rebelión, reaccionaron con el intento de formar una columna anarquista que fuera a su encuentro. Pero no pasó de una vana propuesta, que ya no halló eco alguno entre los militantes cenetistas, que empezaron a abandonar las barricadas.

Cabe por fin destacar, desde un punto de vista político, el acuerdo alcanzado con el POUM de hacer un llamamiento a los trabajadores para que, antes de abandonar las barricadas, pidieran garantías de que no habría ninguna represión; y sobre todo señalando que la mejor garantía era conservar las armas, que no debían entregarse nunca.

Desde un punto de vista teórico, el papel de Los Amigos de Durruti fue mucho más destacado después de las Jornadas de Mayo, cuando iniciaron la publicación de su órgano, que tomó el nombre del periódico publicado por Marat durante la Revolución Francesa: El Amigo del Pueblo.



Agustín Guillamón (2004)

Primera parte del artículo sobre Los Amigos de Durruti en mayo de 1937. BALANCE. Cuadernos de historia núm. 30.

<http://es.geocities.com/hbalance2000>

[chbalance@wanadoo.es](mailto:chbalance@wanadoo.es)